



**Jesús tomó el pan,  
dio gracias,  
lo partió,  
lo dio** a sus discípulos diciendo:  
tomad y comed,  
Esto es mi Cuerpo.

Según los Evangelios Sinópticos

+ Roma, 15 de Marzo de 2008

Queridas Hermanas:

Dentro de pocos días celebraremos el punto culminante del año litúrgico: “La Última Cena de Jesús con sus discípulos, su muerte en la cruz, la resurrección al tercer día: se desarrolla una verdad incomprensible, Dios ha amado al género humano y continúa amándolo.” (Misal alemán) Sin esta sinopsis de sufrimiento, muerte y resurrección tendríamos que considerar la muerte de Jesús en la cruz como un final violento, y su vida como un fracaso total. Con la institución de la Eucaristía durante la Última Cena, Jesús anticipa su vuelta al Padre en su muerte y resurrección. Es un acto de amor hasta el final: “Este es mi Cuerpo que será entregado por ustedes. Esta es mi Sangre, que será derramada por ustedes.” “Ningún hombre puede pronunciar estas palabras de la consagración para sí mismo. Hablando en primera persona – *mi Cuerpo* – puede decirlo sólo Jesús mismo.” (cfr Joseph Cardinal Ratzinger: Dios está cerca de nosotros)

En esta carta quiero presentar algunos pensamientos acerca de la importancia de la consagración, de la transformación, y su referencia a nuestra vida.

La consagración acontece en dos partes: a través de la invocación al Espíritu Santo para consagrar el pan y el vino, y con las palabras que Jesús dice a sus discípulos durante la Última Cena: “Tomó el pan...dio gracias... lo partió... y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomen y coman. ESTO ES MI CUERPO.” La imagen que he elegido para esta carta me impresionó porque expresa, en tres gestos simples, el preciso momento de la Eucaristía. “Esto es mi Cuerpo.” Teológicamente esto se llama transubstanciación. Pero en el fondo sigue siendo un “misterio de fe”, porque ¿quién puede entender que la sustancia del pan se transforma en la sustancia del Cuerpo de Cristo?! “Esto es mi Cuerpo” – esto está más allá de la medida de nuestra comprensión. Es una transformación real, un cambio de sustancia y no un mero cambio de función. “El Señor toma posesión del pan y del vino; los eleva, y los coloca en un nuevo nivel, fuera del orden de su existencia natural; incluso si desde un punto de vista puramente físico siguen siendo lo mismo, se han convertido en algo profundamente diferente. Esto tiene una consecuencia importante... Dondequiera que Cristo haya estado presente, no puede ser después como si nada hubiera ocurrido. Allí, donde Él puso su mano, algo nuevo ha resultado. Esto nos lleva de nuevo al hecho de que ser cristiano, es ser transformado.” (Joseph Cardenal Ratzinger: Dios está cerca de nosotros) Esto requiere fe, para que la presencia de Cristo en la Eucaristía no sea sólo “real” sino también “personal”. Él está realmente presente; pero sin nuestra fe, su presencia no nos tocará el corazón.

Las palabras de la consagración también se pronuncian sobre nosotras, porque en el pan y el vino – “Fruto de la tierra/ fruto de la vid y del trabajo del hombre” – nosotras mismas estamos sobre el altar. ¿Estamos listas para ser transformadas? ¿Creemos que entramos en Cristo? No podemos realizar la transformación, ella sucede. “Aquí estoy, dejando el control, dejando que la transformación acontezca conmigo y en mí, así como sólo puedo dejar que suceda la curación de las heridas – pero: tengo que

quererlo. Sólo de esta manera puedo sanar, sólo así puedo asemejarme a Cristo para que otros tal vez puedan reconocerlo a El en mi y a través de mi.” (Elisabeth Meuser)

Consideremos detalladamente las palabras de la consagración: Tomó el pan... dio gracias... lo partió... y lo dio a sus discípulos. Estas palabras sintetizan la vida entera de Jesús; esta vida que El recibió del Padre, que se la debe al Padre, pero que tiene que ser “partida” para nosotros y por nuestra salvación, y así pueda ser compartida, distribuida y entregada.

Estas palabras de la consagración, una síntesis de la vida de Jesús, son también una síntesis de nuestra vida, porque la consagración tiene consecuencias para nuestra vida, si dejamos que suceda en nosotros. Cuando nos colocamos en la hostia sobre la patena, nos declaramos listas para que nuestra vida se una a la de Cristo. Aceptamos que El tome nuestra vida en sus manos, que El la bendiga y finalmente la “parta” para ser “accesibles” y “comestibles” para otros. “También nuestra vida tiene que entrar en la pasión. No es sólo el sufrimiento de Uno sin pecado que sufrió por los pecados del mundo. El se entregó sinceramente a la ruptura del sufrimiento y de la muerte. Sabemos lo mucho que Dios tiene que “romper” en nosotros para hacernos libres: los lazos de la muerte, de la culpa, de la prisión oscura de nuestra ansiedad y soledad, la ilusión de portarnos bien, la auto-satisfacción, la superficialidad, la debilidad humillante. ¡Cuánto tiene que romper! Los castillos de nuestra arrogancia; los cercos que construimos para separarnos de los que consideramos antipáticos, los cercos alambrados contra todos los demás; las cadenas de la ambición, de la codicia, la prisión en nuestro propio ego, el acomodarnos en nuestras posesiones” (Cardenal Alfred Bengsch)

Quiero agregar otra reflexión. En el Evangelio de Juan no encontramos el relato de la institución de la Eucaristía; él se refiere al lavado de los pies. “Hagan Ustedes lo mismo”, dice Jesús, que, teniendo en cuenta el contenido, significa lo mismo que “Hagan esto en memoria mía”. En la acción y el mandato de Jesús, vemos claramente que la Eucaristía y la Caridad son una unidad. En la Exhortación Apostólica Post-Sinodal “Sacramentum Caritatis”, el Papa Benedicto XVI enfatiza muy claramente la dimensión social de la Eucaristía. El pan es partido para poder ser compartido. Nadie puede tener a Cristo para si solo. “Cuando celebran la Eucaristía, nuestras comunidades han de ser cada vez más conscientes de que el sacrificio de Cristo es para todos y que, por eso, la Eucaristía impulsa a todo el que cree en Él a hacerse «pan partido» para los demás y, por tanto, a trabajar por un mundo más justo y fraterno.” (Sacramentum Caritatis N° 88) Sabemos por la Carta a los Corintios cuán convencidos estaban los primeros cristianos de la profunda relación entre Caridad y Eucaristía. San Pablo considera una traición a la Cena de Jesús cuando los ricos comen y beben después de la Celebración Eucarística, y los pobres son excluidos. (Cfr. 1 Cor 11,17-22) “Por lo tanto, podemos concluir que una característica importante de la espiritualidad eucarística tiene que ver con el compartir lo que somos por amor, incluso a costa de nuestra vida.” (Padre Anthony Mc Sweeny)

Quiero concluir con –en cierto sentido– un texto provocativo que puede inspirar nuestra reflexión. “Pregunte a un centenar de católicos qué consideran lo más importante en la Iglesia, responderán: La Santa Misa. Pregunte a un centenar de católicos qué consideran lo más importante de la Santa Misa, responderán: la consagración/transformación del pan y el vino. Digan a un centenar de católicos que la transformación, el cambio es lo más importante en la Iglesia, ellos quedarán atónitos y dirán: No, todo debe permanecer como es.” (Lothar Zenetti) El mayor peligro para la diaria celebración de la Eucaristía es la rutina, el cansancio espiritual. Que cada Eucaristía mantenga vivo en nosotras el anhelo de ser transformadas, de hacernos nuevas, de comenzar de nuevo. A veces podemos aprender eso de una manera impresionante de los no-creyentes. Un hombre, ateo convencido, dijo a su amigo cristiano: “Si yo creyera lo que ustedes afirman, que en esta hostia el Hijo de Dios está realmente presente, yo me arrodillaría y nunca me volvería a levantar”.

Confesemos diariamente con todo nuestro ser el “misterio de fe” que celebramos tan solemnemente, especialmente durante estos días antes de la Pascua y durante el tiempo pascual: “Cada vez que

comemos de este pan y bebemos de esta copa, proclamamos tu muerte Señor, hasta que vuelvas en tu gloria”.

- De corazón quiero agradecerles su acompañamiento con la oración durante las reuniones con las superiores provinciales. En una carta aparte, que la superiora provincial les comunicará a su debido tiempo, compartiré con ustedes los detalles. Por ello, les pido que tengan todavía un poco de paciencia.
- La muerte de la Hna. Joanne Kelzer ha dejado tras de sí una dolorosa vacante en la Provincia Norteamericana del Oeste. La Hna. Joanne no sólo fue una competente ecónoma por muchos años, sino ante todo, una Hermana muy compañera que fue estimada por todos. La Provincia no tiene Hermanas que puedan asumir las responsabilidades de ecónoma. Por eso había que encontrar otra solución. De acuerdo con la Hna. Joan Daniel Healy, Superiora Provincial de la Provincia Norteamericana del Este, la Hna. Anne Thérèse Peach, Ecónoma Provincial de la Provincia Norteamericana del Este, asumirá también la administración “canónica” de la Provincia del Oeste, como está prescrito por el Derecho Canónico. Para los negocios ordinarios, el gobierno provincial está buscando una persona laica de confianza y capaz. La Hna. Anne Thérèse viajará algunas veces durante el año a Wilmette para chequear los asuntos financieros. Estamos muy agradecidas a la Provincia del Este y principalmente a la Hna. Anne Thérèse por su disposición para ayudar a la Provincia del Oeste.
- El 1º de marzo, tuvo lugar un cambio de superiora en la comunidad del generalato de Villa Paolina. La Hna. M. Judith Moran, que animó la comunidad por seis años, pasó su responsabilidad a la Hna. Cécilia Struck, quien a la vez fue nombrada superiora del convento de Campo Santo – Colegio Teutónico. Agradecemos a la Hna. M. Judith por su generoso servicio de gobierno en nuestra comunidad local del Generalato y a la Hna. Cécilia por su disponibilidad para asumir el cargo en ambos conventos romanos.

Las saludos con el antiguo saludo cristiano: “¡Cristo ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!”

Su agradecida

*Hna. Adalberto*